

Gómez era un genio militar, no un político

Miriam Celaya | viernes, 16 de agosto, 2013 12:00 am

LA HABANA, Cuba, agosto, www.cubonet.org -Varias semanas atrás, Cubanet publicó un artículo ("[Los cubanos no quieren la libertad](#)", Fernando Núñez, 1ro. de julio de 2013), un sugerente título que, no obstante, entraña varias inexactitudes históricas y una peculiar interpretación de los hechos en los que pretende apoyar su tesis.



La primera debilidad del texto de referencia es precisamente la indefinición del término "libertad", supuesto plato fuerte del autor. Por mi parte, como herramienta para este análisis, sentaré algunos presupuestos generales de lo que asumo como "libertad", principio del cual el Hombre es centro y esencia.

La libertad es la conjunción de determinados valores y la garantía del derecho de su ejercicio. No existe un concepto único e inmutable de "libertad" sino que ésta asume definiciones relativas, en dependencia de factores de índole histórica, social, geográfica y cultural, entre otras. No obstante, existen elementos básicos consustanciales a toda definición de "libertad", como por ejemplo la dignidad, la responsabilidad, la conciencia, la ética, la expresión del pensamiento, la voluntad, la búsqueda de la verdad, el bien común. La libertad es, en su definición más simple y resumida, la condición primera de todos los derechos humanos.

Una vez establecido esto, tratemos de entender en qué basa Núñez su idea de que los cubanos no queremos la libertad, a partir de algunos hitos seleccionados para el análisis.

En el párrafo 2 de su artículo, plantea que "El largo fracaso de las naciones independizadas de España, observado por los intelectuales decimonónicos, (...), se debe a la falta de visión y a la incultura política de aquellos líderes que, alzados también en nombre de la libertad, sólo trajeron pobreza y atraso para sus países".

Desde la perspectiva de hoy, tal observación quizás sería relativamente válida. Sin embargo, la independencia por parte de los países de Hispanoamérica significó un importante avance en su tiempo, toda vez que la Metrópoli constituía un freno para el nacimiento y desarrollo de cualquier proyecto de nación. Si existieron intereses materiales y espirituales que entraron en contradicción con el ideal libertario de independencia retrasando y lastrando hasta hoy a nuestras naciones, o si existía entre algunos líderes una incultura política, ello no niega en ningún sentido que la libertad e independencia logradas por las acciones de “aquellos líderes” fueron los pilares fundacionales de esas naciones.

Los cubanos también se alzaron en armas contra España, no para alcanzar una libertad abstracta, sino vinculada a sus intereses, fuerza motriz de todos los fenómenos sociales. Eso explica que los alzamientos de 1868 se produjeron en el Oriente del país y no en el Occidente, ya que entre ambas regiones existían intereses diferentes. Los de Oriente, con menos poder económico y al borde de la ruina, no estaban en condiciones de subsistir sin una reforma. Así, el fracaso de las gestiones para promover dichas reformas en las Cortes constituyó el catalizador para el inicio de la guerra por esa región, animada por los independentistas. Tanto para ellos como para los reformistas, la libertad estaba supeditada a la economía, pero muchos de esos líderes estaban influidos por las ideas más modernas de la época, en particular, las surgidas de las revoluciones norteamericana y francesa, lo que descarta la idea de una incultura política absoluta.

Españoles de Cuba y un dominicano cubano

En el párrafo 4 se lee: “Los españoles de Cuba comenzaron el camino de la independencia solicitando no ya la libertad, sino la anexión a los Estados Unidos”.

Asumiendo que lo que Núñez denomina *españoles de Cuba* sean los criollos ricos de mediados del siglo XVIII, habría que recordarle que ellos no comenzaron exactamente “el camino de la independencia”. Cuando más se podría sugerir que portaban los gérmenes de un proceso que, en su desarrollo, acabaría conduciendo a la independencia. Los *españoles de Cuba*, o para ser más precisos, los *españoles de La Habana*, conformaron una oligarquía criolla con intereses diferentes a los peninsulares pero no desvinculados de España. Su primera aspiración, por tanto, no podía ser la libertad ni la independencia, ni mucho menos la anexión a Estados Unidos, sino la equiparación de sus derechos a los de los españoles peninsulares.

El anexionismo cobró fuerzas después, en pleno siglo XIX, particularmente entre 1840 y 1855, cuando esta corriente política predominó en Cuba. Su fundamento principal se sostenía en el interés de la burguesía cubana por preservar la esclavitud y en menor medida el deseo de ganar para Cuba las libertades democráticas, pero tuvo también otras tendencias. Por ejemplo, su máximo ideólogo en Cuba fue Gaspar Betancourt Cisneros (El Lugareño), quien aspiraba a una libertad basada en la abolición de la esclavitud, la distribución de las grandes extensiones de tierra en pequeñas propiedades y el desarrollo técnico y educacional del país. Para ello consideraba que entre los modelos de España y Estados Unidos, el segundo era el mejor y por tanto prefería la anexión a ese país antes que la subordinación a España.

Los hombres de 1868, algunos de los cuales estuvieron influidos por el anexionismo que predominó anteriormente y miraban con buenos ojos el modelo norteamericano -el más desarrollado y democrático desde aquella época-, ya tenían un ideario independentista.

En fin, que los *españoles de Cuba* ni comenzaron por la anexión el camino de la independencia ni la plasmaron en ninguno de los documentos programáticos que van del programa de Céspedes a la Carta de Martí a Manuel Mercado, pasando por las constituciones mambisas de Guáimaro, Jimaguayú y la Yaya, así como por los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano (PRC) y el Manifiesto de Montecristi; en todos los cuales resalta el ideario nacionalista y libertario.

Sin ofrecer mayores datos, Núñez señala que a la muerte de Martí, el PRC quedó “en manos de fuerzas e intereses pronorteamericanos” que nunca habían pensado en la construcción de una nación soberana; criterio que pretende fundamentar en el párrafo 7: “Prueba de ello es que entregaron las riendas del Ejército Libertador a un extranjero, que, con la muerte de Maceo, se convirtió en un actor político de primer orden, sin contrapeso posible. Un señor que, ignorando los deseos de la Asamblea Constituyente (que lo destituyó), y negociando directamente con los Estados Unidos la desmovilización del Ejército Libertador, contribuyó muchísimo a la aprobación de la Enmienda Platt, que sancionaría de manera oficial el protectorado Norteamericano sobre Cuba (...)”.

Y aquí sí tengo muchas objeciones que hacer a Núñez, en primer lugar porque los cubanos no entregaron las riendas del Ejército Libertador “a un extranjero”, sino que ese dominicano, por sus acciones respecto a Cuba, adquirió todos los

derechos entre los mejores cubanos. En segundo lugar, Máximo Gómez no fue destituido por la Asamblea Constituyente, pues la del Cerro no ejerció esa función; ni tampoco negoció directamente con Estados Unidos la desmovilización del Ejército Libertador.

Veamos:

Poco después del alzamiento de Céspedes en 1868, Máximo Gómez, con conocimientos militares y ya radicado en Cuba, se unió a la insurrección. Después de las primeras derrotas mambisas recibió la misión de detener una columna enemiga de 700 hombres y 2 piezas de artillería, que marchaba de Santiago de Cuba hacia Bayamo. Escenificó entonces la primera carga al machete, que le ocasionó a las fuerzas españolas más de 200 muertos y la obligó a retroceder. Así salvó a Bayamo y con Bayamo a la nascente revolución, de modo que si Yara inició la guerra, la acción de Pinos de Baire, bajo el mando de Gómez, garantizó su continuidad.

A esa primera hazaña se unieron después la invasión a Guantánamo en 1871, según el historiador Fernando Figueredo, *el lauro más notable alcanzado hasta entonces por ningún jefe cubano*; la batalla de Palo Seco, que el también historiador Miró Argenter calificó *como la función más sonada de la caballería insurrecta*. A la muerte de Ignacio Agramonte, Gómez fue designado a Camagüey e hizo la Invasión a las Villas, a fin de llevar la guerra y la tea incendiaria hasta Occidente para destruir la economía española y obligar a replegar su ejército por todo el país.

En 1895 se incorporó a la nueva guerra y, tras firmar junto a Martí el Manifiesto de Montecristi en su condición de Jefe del Ejército Libertador, regresó a Cuba y llevó la guerra hasta Pinar del Río. Protagonizó entonces otra de sus proezas estratégicas: las contramarchas, que tanto confundieron al enemigo. En 41 encuentros Máximo Gómez enfrentó 40 mil soldados españoles, con sólo 4 mil bajo su mando, ocasionándole al enemigo más de 25 mil muertos y heridos, contra solo 28 muertos y 80 heridos de su parte. Por su genialidad militar fue bautizado como el “Napoleón de las Guerrillas”. No hubo, pues, tal entrega de las riendas del poder “a un extranjero”, sino que las ganó como un valiente y patriota cubano.

Tampoco Gómez fue destituido por la Asamblea Constituyente. Lo ocurrido, en síntesis, fue lo siguiente: Mientras se negociaba el Tratado de París al terminar la

guerra, el Ejército Libertador permanecía en los campamentos. En ese contexto ya no había soberanía de España sobre Cuba, pero el Consejo de Gobierno, elegido en la Asamblea de la Yaya tampoco fue reconocido por Estados Unidos, por tanto, no pudo asumir el poder en un país ocupado por las fuerzas militares estadounidenses. En tales circunstancias el abastecimiento al Ejército Libertador era un serio problema, para cuya solución, entre otros, se reunió la Asamblea de Santa Cruz el 24 de octubre de 1898. Los mambises esperaban que dicha Asamblea, dotada de máximos poderes, lograra lo que no pudo el Consejo de Gobierno: el reconocimiento por Washington. Con ese fin, 44 delegados se constituyeron en Asamblea representante de Cuba Libre, de la cual Máximo Gómez no formaba parte.

Aunque con la Resolución Conjunta del 19 de abril Estados Unidos se había comprometido ante el mundo a ocupar provisionalmente a Cuba y luego entregarla a un gobierno cubano, el trato dado al Ejército Libertador sugería un peligro potencial. El reto de la Asamblea era tratar de forzar al gobierno norteamericano a cumplir lo acordado, de manera que prefirió disolver el Ejército Libertador y respaldó una proposición de Juan Gualberto Gómez, dirigida a que Washington reconociera la Asamblea como representante legítima. Con ese fin salió una Comisión hacia Estados Unidos con la intención de conseguir un préstamo para licenciar al Ejército y devolverlo “después de la independencia”; por tanto, para que el gobierno de Estados Unidos pudiese cobrarlo tendrían que reconocer la independencia de Cuba. Pero el presidente McKinley no mordió el anzuelo y argumentó que la Constitución impedía hacer tal préstamo. En cambio, estaba dispuesto a ofrecer un donativo de 3 millones. La Comisión tampoco mordió el anzuelo estadounidense y rechazó esta oferta.

Desde su campamento, el 29 de diciembre de 1898, Gómez, también partidario del licenciamiento, proclamó que *Cuba no es libre ni independiente todavía*, y solicitó a la Comisión Ejecutiva de la Asamblea adoptar *una Constitución para la República de Cuba*, lo cual imprimiría legitimidad y fuerza a la independencia. Inmediatamente, conociendo el prestigio de Gómez, el gobierno norteamericano utilizó la diplomacia, y para calmar al veterano guerrero enviaron a Mr. Robert Porter, amigo personal de McKinley, a visitarlo. En la reunión, celebrada en Remedios, Porter tranquilizó a Gómez y logró indisponerlo con la Asamblea. Gómez, sin comprender la jugada, se convirtió en un aliado de Estados Unidos contra la Asamblea, la cual ya había perdido cohesión con la muerte de Calixto

García.

El garrotero C.M. Coen

Fue entonces que apareció en escena el banquero norteamericano C.M. Coen, quien ofreció un préstamo de 12.4 millones (para devolver 20 millones en un plazo de 30 años, a un 5% de interés anual). La Asamblea estimó que esa solución conducía a los mismos objetivos del préstamo antes solicitado. Entonces ocurrió el desacato de Gómez a la Asamblea, quien, desde su honestidad e ingenuidad política, planteaba que no tenía sentido tal préstamo si se había propuesto por Estados Unidos un donativo de 3 millones.

El 9 de marzo de 1899 la Asamblea acordó aceptar la oferta de Coen y pidió a Gómez no expresarse contra el préstamo, lo que desencadenó el enfrentamiento que condujo a la destitución de éste. Gómez respondió con un manifiesto público que lanzó al pueblo contra la Asamblea. Pero en realidad Gómez nunca negoció directamente con Estados Unidos la desmovilización del Ejército Libertador, sino que fue utilizado por el gobierno de ese país para el enfrentamiento con la Asamblea.

En realidad, el Generalísimo no comprendía la política ni tenía talento para ella. Sencillamente, después de la muerte de Martí y de Maceo, los acontecimientos lo llevaron a ocupar una posición para la cual no estaba preparado. Era un genio militar, no un político. Pero la forma simplista en que Núñez plantea los hechos, además de falsearlos, tampoco refuerza su tesis acerca de que los “cubanos no quieren la libertad”.

Más adelante, en el párrafo 9 de su artículo, Núñez decide que “No se afianzó la democracia en Cuba por diversas razones, la primera de ellas, la comodidad, (al menor contratiempo se apelaba a la US Navy para poner orden), y la segunda, por idiosincrasia, pues aquellos que debían crear una patria soñada, descendientes de españoles al fin y al cabo, animaron el caudillismo y apelaron a la violencia política durante todo el siglo”.

Tampoco es exacto. La primera intervención, madre de todas las intervenciones e injerencias posteriores, no resultó de una apelación a la “US Navy” sino de la rivalidad de las potencias de la época. Ningún cubano la solicitó. Lo cierto es que ese acontecimiento, por la forma en que se produjo y por sus consecuencias, dañó la autoestima de los cubanos, un factor que no debe ignorarse en el análisis y que

no puede tildarse de “comodidad”.

También el planteamiento de que “animaron el caudillismo y apelaron a la violencia política durante todo el siglo”, requiere una explicación. Es cierto que los cubanos no estamos exentos de virtudes y defectos derivados de nuestra herencia hispana, entre estos últimos el caudillismo. Sin embargo, Núñez olvida que todas las guerras son generadas y generadoras de violencia y los que tomaron las riendas del poder en la República no eran sino los militares del siglo anterior, que vivieron 30 años en guerras y en campamentos, y que la generación que los desplazó en la década del 30 del pasado siglo, emergió también de un contexto caracterizado por la violencia.

De hecho, todas las revoluciones sociales son violentas en mayor o menor medida, la norteamericana y la francesa incluidas. Las civilizaciones occidentales que conocemos y cuyos modelos admiramos también han emergido desde la violencia. Pero no es el caudillismo de herencia hispana el factor único de los lastres políticos que nos pesan, sino también el desconocimiento de nuestras propias capacidades, y en particular, de nuestra historia.

Precisamente por esa historia, ningún individuo o grupo porta en sí la autoridad política o moral suficientes para decidir que los cubanos no queremos la libertad. En todo caso, en aras de ella, quizás llegará el día en que podamos elegir entre independencia, anexión o autonomía. Desde hoy le aseguro a Núñez que esta cubana-española vota por la primera.